

Crónica Literaria

Por Alone

El Compadre Mucho Gasto.

Por Julio Barrenechea (Nascimento)

Sería preciso remontarse a los primeros poemas de Juan Guzmán y Neruda, o sea, a la gracia pura de mejores quilates producida en Chile, la que aún no ha pasado, para tener idea de los vuelos iniciales, ese jugueteo leve y sostenido, compuesto de malicia y de ternura, con que se inició Julio Barrenechea.

Después vino la elocuencia estudiantil, que desplegó el arco de sus posibilidades en una atmósfera vibrante de belleza que no excluía la pasión.

Después... ya sabemos su camino triunfante dentro y fuera del país.

¿Qué capricho le ha venido ahora de bajar a la pedestre prosa y salir de paseo con un personaje de novela picaresca completamente innecesario y que sólo a medias y a ratos le viene?

Las circunstancias y su prestigio estudiantil le permitieron casi salvarle la vida a un ex camarada perseguido en época turbulenta, y el otro, dotado por la Providencia del don de la inoportunidad y el fracaso, ya no se le desmintió del lado hasta hacerle una menuda relación de su existencia, sacando naturalmente de ella consejos magistrales.

Entre ellos el sobrenombre que, aceptado por él con orgullo, lo perseguiría: —Compadre, mucho gasto. Es un compendio de su filosofía práctica.

Refugiados en una fuente de soda, junto a una alacena donde pedazos de queso hacían quebrarse los dientes de mirarlos, usando una técnica para cazar ratones, comenzó Pedro Nordal a desarrollar el hilo de sus acontecimientos con vistas al provecho y enseñanza de su salvador.

“Comenzó por decirme que en forma comprobable él era del Rosellón francés. Que su madre sufría unos espantosos ataques de asma, debido a lo cual su padre, que era muy prevenido, había optado por vestirse permanentemente de negro, pero que justamente, con tal tenida, había asistido a su propio funeral, en tanto la viuda seguía gozando de perfecta salud veinte años después. En fin, me contó muchas cosas, entre otras, por ejemplo, que había tenido un matrimonio frustrado; que había pasado duros días y peores noches en el puerto, donde se había vuelto, no un empleado sino un allegado de “El Mercurio” para poder dormir en el establecimiento, arrullado por las rotativas y envuelto en esos inmensos rollos para periódicos que parecen papel de toilette para gigantes... Se explayó sobre su concepto de la independencia personal, informándome que en su primera juventud había dejado el hogar familiar y que se había ido a vivir en una pieza frente

al río Mapocho, donde, fuera de la cama mínima, sólo había un cajón con una vela...”

Todo el resto... “Compadre, mucho gasto”.

Mucho gasto de palabras y mucho de paciencia para repetir aventuras mediocres, peripecias innecesarias y toda clase de gestos superfluos, único producto que puede dar la vaciedad del cerebro.

Nuevamente: ¿qué le dio al magnífico Barrenechea por instalar en nuestra literatura el triste género de la literatura picaresca, cuando los hados le reservaban visiblemente tan otro destino?